Lucas 7:36-50
No famosos, pero conocidos
"Conocidos por su amor"
16 de noviembre de 2025
Reverendo Brian North
Iglesia Rose Hill; Kirkland, WA

Este es el tercer sermón de una serie de cuatro domingos que examina a algunas personas a quienes Jesús ministra o exalta como ejemplos de fe y discipulado, que no son famosas, pero que él conoce. El título de la serie, como mencioné el primer domingo, es el eslogan de una cadena de panaderías de bagels en la ciudad de Nueva York llamada "Pop Up Bagels", que nuestra hija Hailey nos presentó cuando fuimos allí para su graduación universitaria en mayo pasado.

En honor a eso, hoy, durante nuestro tiempo de convivencia en el gimnasio, parte de la merienda serán bagels con queso crema. Ojalá pudiera decirles que los enviaron por mensajería urgente desde "Pop Up Bagels" y que nos los entregaron frescos esta mañana por Uber Eats. (Si a Oprah Winfrey le pueden traer pollo Ezell's a Chicago, seguro que nosotros podemos conseguir bagels con queso crema de Nueva York, ¿verdad?) Pero creo que los bagels de hoy son de Costco. Costco tiene bagels de calabaza con especias ahora mismo y sé que Betty compró algunos para hoy, ¡y están deliciosos! ¡Quizás incluso divinos! Así que después del culto, mientras visitas la Feria del Ministerio y compartimos un tiempo juntos en el gimnasio, puedes comerte un bagel de calabaza con especias. Me lo agradecerás después. Bueno, retomemos el tema con una oración...

Hoy estamos en Lucas 7, a partir del versículo 36. Leeremos el pasaje en tres partes, comenzando con los primeros 5 versículos, y luego continuaremos con más en unos minutos. Esta es la palabra del Señor para ti y para mí hoy, comenzando con Lucas 7:36-40.

Así que, si conoces la relación entre Jesús y los fariseos, quizás te sorprenda leer en el versículo 36 que Jesús estaba en casa de un fariseo llamado Simón. No es que nos sorprenda Jesús, sino la invitación de Simón. Jesús estaba dispuesto a reunirse con cualquiera, y eso sigue siendo cierto hoy. Lo sorprendente aquí es que Simón invitara a Jesús, porque existía bastante animosidad por parte de los fariseos hacia él, la cual creció con el tiempo y condujo a su crucifixión. Vimos esa hostilidad claramente manifestada la semana pasada en el pasaje que analizamos cerca del final de la vida de Jesús en Lucas 21.

Entonces: ¿Por qué lo invitó Simón? No lo sabemos con certeza, pero hay algunas posibilidades. Tal vez Simón tenía un interés genuino en Jesús. Tal vez, como fariseo —uno de los guardianes de la vida religiosa— quería poner a prueba o evaluar la ortodoxia de Jesús. Tal vez fue orgullo, sabiendo que invitar a Jesús atraería a una gran multitud y

elevaría su propio estatus. Anteriormente en Lucas, Jesús ya había llenado hogares y congregado a grandes multitudes.

Entonces, una mujer —cuyo nombre nunca se menciona— entra en la reunión. Moja los pies de Jesús con sus lágrimas, los seca con su cabello y derrama perfume sobre ellos. Enseguida veremos que Simón no le ofreció a Jesús la hospitalidad habitual de proporcionarle agua para los pies. Esta mujer asume ese papel.

Pero podríamos preguntarnos quién es ella y qué propósito tiene. Algunos han sugerido que es María Magdalena, pero Lucas la presenta por su nombre más adelante, y no coincide con esta historia. Otros han sugerido que es María de Betania y que se trata del mismo evento que narra Juan 12. Hay algunas similitudes, pero las diferencias entre ambos eventos son demasiado grandes como para que se trate del mismo.

Simón parece saber algo sobre ella. En el versículo 39, se dice a sí mismo: «Si este hombre [Jesús] fuera profeta, sabría quién lo toca y qué clase de mujer es: una pecadora» (7:39). Para Simón, y quizás para otros en la mesa, sus acciones son escandalosas, y que Jesús las permita también lo es. Muchos han asumido que su pecado fue la prostitución. Pero nada en el texto lo confirma.

Además, parece ser una invitada no deseada. ¿Cómo pudo suceder esto? Un factor es que las reuniones en casas particulares como esta solían ser eventos semipúblicos, especialmente en las casas de personas acomodadas, como era el caso de los fariseos como Simón. El pasaje que analizamos hace un par de semanas, donde una casa llena requería entrar por el techo, muestra cómo solían funcionar estos eventos.

Otro aspecto extraño es que se levantó de sus pies con tanta facilidad. En una comida como esta, los invitados se sentaban a la mesa, recostados de lado en un sofá sin respaldo, con la cabeza cerca de la mesa y los pies apuntando hacia afuera. Se apoyaban en un codo y comían con la otra mano, usando alimentos fáciles de manejar; quizá no bagels con queso crema como hoy, pero se entiende la idea. Mientras tanto, otros habitantes del pueblo podían entrar y colocarse detrás de los invitados, cerca de sus pies.

Todo esto nos parece extraño, pero para ellos era lo normal. Hay una parábola que Jesús enseña donde los invitados a un banquete de bodas ponen excusas a última hora para no asistir, y el anfitrión envía a su siervo a recorrer los caminos para invitar a quienes puedan venir. Eso también nos parece un poco raro, pero así era su cultura. Veamos el pasaje de hoy, donde se menciona una mezcla de invitados y personas no invitadas en una cena.

Como los invitados estaban reclinados con los pies fuera de la mesa, la mujer pudo acercarse fácilmente a los pies de Jesús. Por eso, en el versículo 38, el texto nos dice que ella se colocó «detrás» de Jesús mientras le limpiaba los pies y les ungía con perfume. Simón se sorprende. Se burla de Jesús pensando que «si este hombre fuera profeta...» sabría que no debería permitir que ella le hiciera eso; pero entonces Jesús demuestra

perspicacia profética al responder no solo a lo que Simón dijo, sino también a lo que Simón pensó. Jesús tiene algo que decirle a Simón. Simón lo invita a compartirlo. Continuemos leyendo, a partir del versículo 41… (41-43)

Jesús cuenta una parábola. Era costumbre en aquella época contar adivinanzas e historias en cenas como esta. Por lo tanto, Jesús se ajusta a sus costumbres. La parábola es bastante sencilla, y Simón la comprende. Muchas de las parábolas de Jesús requieren explicación. Esta no es una de ellas. Quien reciba la mayor condonación de deuda será quien sienta mayor gratitud y amor hacia quien la perdonó.

Si mañana mi banco me llamara y me dijera: «Brian, hemos decidido que no tienes que pagar el resto de tu hipoteca. Está totalmente condonada y ahora eres dueño de tu casa sin deudas», estaría muy feliz. Sería fantástico. Si me lo hubieran dicho hace doce años y medio, justo después de comprar la casa, estaría aún más feliz. Los querría aún más. Si hicieran lo mismo con alguien que compra una casa hoy, especialmente con un pago inicial típico del 20%, su gratitud sería enorme. Su amor por la entidad hipotecaria sería inmenso. En resumen: un gran perdón genera mucho amor. Veamos cómo Jesús lo aplica a la situación que nos ocupa, al concluir el pasaje (vv. 44-50)…

Aquí está la esencia del evangelio, la buena noticia: El perdón es el gran igualador en el reino de Dios, porque todos lo necesitamos. Todos estamos en igualdad de condiciones, todos afectados por el pecado y luchando contra él, todos separados de Dios por ello. Pero el perdón de Dios en Jesucristo nos pone a todos en pie de igualdad y no deja lugar para el juicio. Simón claramente tuvo dificultades con esto: su respuesta a la mujer es orgullosa y divisiva, pero no conoce toda su historia. Obtuvo la versión del siglo I de una publicación en redes sociales que no ofrece ningún contexto, y luego emitió un juicio severo en lugar de uno misericordioso.

Jesús enseña que todos somos pecadores que necesitamos la gracia de Dios y que cuando realmente conocemos la profundidad de nuestro perdón, nuestra respuesta natural es de gran amor: amor a Dios y amor al prójimo. Somos perdonados y no tenemos por qué estar atados a nuestros pecados pasados. Nuestros pecados no tienen por qué detenernos. No tienen por qué dictar nuestro futuro, y todos estamos en el mismo barco.

Ahora bien, sus acciones no le hacen merecedora del perdón, porque el perdón no se gana. Es pura gracia, inmerecida e inmerecida. Como dice Jesús en el versículo 47: «Por eso les digo que sus muchos pecados le han sido perdonados, porque ha demostrado su gran amor» (7:47). Su amor por Jesús demuestra el perdón que ha recibido. Es el fruto de ese perdón. Ha sido transformada de adentro hacia afuera, y esta es solo la señal visible de su nueva vida en Cristo.

La semana pasada, un titular se difundió ampliamente —desde el New York Post hasta las noticias de KOMO aquí en Seattle— anunciando que Jenna Jameson ahora es seguidora de Jesús. El titular, que apareció en la mayoría de los medios, incluidos los locales, decía: «La

ex actriz de cine para adultos Jenna Jameson está ayudando a la gente a “encontrar a Jesús” después de ser conocida por su “pecado”». En una publicación de video en Instagram, escribió (Foto): “Después de décadas de ser conocida por mi cuerpo y mis pecados, me bauticé y ayudo a otros a encontrar a Jesús también”.

Es un ejemplo actual de alguien con un pasado pecaminoso conocido públicamente que ha experimentado el perdón de Dios a través de la confesión y la fe en Jesús. Y puedo imaginar a algunas personas respondiendo con pensamientos similares a los de Simón en nuestro pasaje: “Si Jesús realmente supiera qué clase de mujer era...”, “Si esa iglesia o ese pastor realmente supieran los pecados de su pasado...”. Pero lo que importa es el amor por Jesús que brota del perdón.

Mostramos ese amor de diversas maneras. La Escritura nos dice que amemos a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas, y que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Estos dos mandamientos resumen los Diez Mandamientos. Jesús también dice que si lo amamos, obedeceremos sus mandamientos. Jesús dice que por nuestro amor mutuo, la gente sabrá que somos sus discípulos. Creo que la mujer de Lucas 7 deja claro que es discípula de Jesús. Ella tiene un gran amor, y todo se debe a que comprende la profundidad de su pecado y la aún mayor profundidad del perdón de Dios a través de Jesucristo.

Como la semana pasada, Jesús destaca a una mujer anónima como ejemplo de fe y de lo que significa ser discípulo de Jesús. La semana pasada fue una viuda pobre e invisible que dio con más generosidad que todos los demás. Hoy es una mujer que... Tienes fama de pecador. Las Escrituras están llenas de personas que pecaron gravemente, pero experimentaron el perdón de Dios y llegaron a amar a Dios y a los demás profundamente: Jacob, el rey David, Jonás, Rahab, toda la nación de Israel, Pedro, Pablo, Zaqueo, el ladrón en la cruz junto a Jesús... la lista continúa.

Y tal vez esta mujer en Lucas 7, y estas otras historias de gran perdón, nos sorprendan a algunos. Tal vez alguna vez tuviste una reputación poco positiva, y cuando recibiste el perdón de Jesús y comenzaste a seguirlo, quizás eso te sorprendió. O tal vez para algunos sea algo actual. Estar en la iglesia, escuchar un sermón, cantar o al menos escuchar las canciones de alabanza... tal vez eso te sorprenda a ti o a otros en tu vida. Todo esto puede ser muy nuevo para ti, pero estás en el lugar correcto para crecer en la fe mientras nos guiamos mutuamente hacia Jesús.

Dondequiera que te encuentres en ese camino, el llamado es el mismo: deja que tu amor por Jesús inunde tu vida diaria, como lo hizo con esta mujer. Para quienes seguimos a Jesús desde hace muchos años, si a nuestros vecinos o compañeros de trabajo les sorprende que seamos cristianos, entonces tenemos que trabajar en ello. Regularmente les recuerdo a mi familia y al personal de la iglesia que sí, soy cristiana. 😂 Si eres nuevo en la fe, hay gracia. Aún estás descubriendo cosas, y a menudo un nuevo creyente es el mejor testigo del perdón transformador de Jesús. Pero la mayoría hemos sido discípulos durante

varios años, incluso décadas: ¿Irradia nuestro amor hacia afuera como irradia el amor de esta mujer en este pasaje?

Tú y yo hemos sido perdonados mucho. Incluso si no has cometido lo que la sociedad llama un "pecado grave", todo pecado rompe la relación con Dios. Cada pecado es la razón por la que Jesús se hizo hombre, vivió una vida sin pecado, se ofreció como el sacrificio perfecto en la cruz para expiar nuestros pecados y resucitó de entre los muertos para darnos esperanza de vida eterna. A los ojos de Dios, todo pecado tiene el mismo impacto en nuestra relación con él. Esa es la realidad que cada uno de nosotros debe reconocer.

Pero la Buena Noticia es que Dios ha hecho algo al respecto. A través de Jesús, Dios lo perdona todo. Él me perdona y te perdona. Cuando reconocemos nuestro pecado, confiamos en Jesús y recibimos su gracia, somos perdonados. Así que, en respuesta, vivamos vidas marcadas por una generosa efusión de amor, tal como vemos en este pasaje y como Dios nos lo ha mostrado en Jesús. Oremos... Amén.